

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

Hay fuerzas poderosas que nos impiden comprometernos plenamente con nuestra recuperación de la adicción. La culpa nos convence de que nuestra lucha es particularmente oscura y que podríamos ser rechazados si los demás nos conocieran como realmente somos. El sigilo promete protección, pero aumenta el aislamiento. La negación minimiza el impacto de nuestra conducta para que no tengamos que afrontar sus consecuencias. En el pasado, estos patrones pueden habernos protegido de emociones abrumadoras, pero también nos mantenían espiritualmente sedientos. Lo que empieza a romper ese ciclo es la esperanza que se arraiga en la verdad.

La Segunda Lectura de este domingo se refiere directamente a esa esperanza (Romanos 5:1-2, 5):

Hermanos: Ya que hemos sido justificados por la fe, mantengámonos en paz con Dios, por mediación de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido, con la fe, la entrada al mundo de la gracia, en el cual nos encontramos; por él, podemos gloriarnos de tener la esperanza de participar en la gloria de Dios. La esperanza no defrauda, porque Dios ha infundido su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que él mismo nos ha dado.

La esperanza no reposa en una sobriedad impecable, ni en una disciplina perfecta. Se basa en el amor de Dios vertido en nuestros corazones. En la recuperación, la esperanza suele iniciar cuando escuchamos a alguien describir su pasado marcado por el sigilo y la compulsión, y su presente marcado por la honestidad y la libertad. Nos reconocemos en su historia y empezamos a imaginar que el cambio es posible.

El Evangelio de este domingo presenta a una mujer que se encuentra con Jesús al lado de un pozo (Juan 4:7-9, 13-15):

Entonces llegó una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dijo: “Dame de beber”. Sus discípulos habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le contestó: “¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”... Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed. Pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna”. La mujer le dijo: “Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni tenga que venir hasta aquí a sacarla.”

La mujer regresa repetidamente al pozo para sacar agua que no le dará satisfacción por mucho tiempo. Muchos de nosotros nos identificamos con ese ciclo. Nos prometimos a nosotros mismos que sería la última vez. Creíamos que la siguiente imagen, fantasía o encuentro finalmente daría satisfacción al deseo. Sin embargo, la sed regresó.

Jesús hace referencia a un anhelo más profundo. Nuestra lucha no es solo sobre el comportamiento. Refleja un deseo de ser conocido, afirmado y unido. La adicción sexual intenta llenar ese anhelo de formas que, en última instancia, nos dejan más vacíos. La recuperación comienza cuando llevamos a Cristo y a una comunidad de confianza, esa sed que es más profunda.

Cuando hablamos con honestidad y se nos recibe con dignidad en lugar de condena, la esperanza crece. La samaritana se convierte en testigo para su población. Del mismo modo, nuestra disposición para compartir nuestra experiencia se convierte en una fuente de valentía para los demás. No estamos definidos por nuestro pasado, sino transformados por la gracia.

La Cuaresma nos impulsa a examinar a qué lugares seguimos regresando en busca de alivio. El agua viva que Jesús ofrece no

elimina el deseo, sino que lo reordena. Como amados hijos de Dios, estamos invitados a recibir amor en lugar de lograrlo por medio de la distorsión. Es en esa entrega, que la sed empieza a transformarse en confianza.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo has experimentado la esperanza a través de la honestidad de otra persona sobre la recuperación de la adicción sexual?
- ¿En qué áreas aún tiene influencia el sigilo o la culpa en tu disposición para ser conocido de forma plena?
- ¿Cómo se sentiría llevar tu sed más profunda a Cristo en lugar de a viejos patrones?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Éxodo 17:3-7

SAL. RESP. Salmo 95:1-2, 6-7, 8-9

SEGUNDA LECTURA Romanos 5:1-2, 5-8

EVANGELIO Juan 4:5-42

